



El anhelo de Jesús

"De tal modo amó Dios al mundo, que dió a su Hijo Unigénito, a fin de que todos los que creen en El no perezcan sino que vivan vida eterna, pues no envió Dios su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que por su medio se salve". (Joan, III, 17 y 19).

Así decía Jesús su lección sublime a Nicodemo, cuando éste fué a verle de noche por miedo a los judíos.

Jesús ha venido al mundo para salvarlo.

Es el Salvador.

Es también el Redentor.

No sólo ha hecho una humanidad nueva, sino una humanidad redimida.

Es decir, una humanidad purificada y regenerada.

La acción de Jesús no mira solamente al futuro; se dirige también al pasado, a todos los hombres, con ansias divinas.

Es obra de justicia, pero no se explica sin el amor.

Más aún; entendemos que es obra del amor.

Eso enseña a Nicodemo.

Es lo mismo que repite San Juan (XII-1) que... "habiéndose amado a los suyos, que vivían en el mundo, los amó hasta el fin".

No se contenta con eso. Su preocupación es el amor y la nueva humanidad será la humanidad del amor. Por eso instituye el precepto del amor.

Ya estaba en la Ley del Sinaí.

"Amarás a Dios sobre todas las cosas". Ya se habían fijado las normas del amor al prójimo en el Decálogo.

El mismo Jesús había ratificado solemnemente ese divino precepto y lo había expresado en forma sencilla y perfecta, al decirle al fariseo: El primer mandamiento es este: "Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu

mente, con todas tus fuerzas"; y añadiendo: "Pero el segundo es semejante al primero: amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos está contenida toda la ley y los Profetas".

Y sin embargo, en la última cena —la cena del amor—, habla de este modo extraño: "Un mandamiento nuevo os doy, y es: que os améis los unos a los otros; y que del modo que Yo os he amado a vosotros, así también os améis recíprocamente". (XIII, 34).

Sí; ya estaba expresado el amor de Dios; ya estaba también mandado el amor al prójimo; pero ahora se ha de exaltar el amor, ha de ser lo primero, el alma, la vida de la vida. El amor será el móvil del cristiano; ha de ser el brillo y hermosura de su vida; el atractivo de su alma, la estima y mérito y premio.

San Juan—el Apóstol del amor—nos dice "que Dios es el amor" y nos alienta a amarle "porque El nos ha amado primero a nosotros".

Es la expresión continua de Jesús en toda su vida, vida de amor.

Nos da la vida, nos ama con todo su corazón y quiere que lo sepamos y que le amemos del mismo modo, con todo el corazón.

Jesús decía a los discípulos de Emaús (Luc. XXIII-24): "¡Oh necios y tardos de corazón...!"

Tardos y duros de corazón para creer y para amar han seguido los hombres. Jesús no cede; se aparece a Santa Margarita y le muestra el

Año XLVI Zaragoza, 1 de Junio de 1944 Núm. 990

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica (por ahora) el primero de cada mes
Dirección y Administración: Calle Mayor, 6. 2.ª dcha

SALUDO A FRANCO:

¡ARRIBA ESPAÑA!

Un ejemplar 2 pt. al año; 10 ejemplares 10 pt.; 100 ejemplares 100 pt.
cuarta página, con original propio para Parroquias, Asociaciones, etc. Pídanse precios y muestras

Ayuntamiento de Madrid

Corazón, coronado de espinas, llagado y rematado por la cruz envuelta en llamas, y le dice: "He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres... y que no recibe en cambio sino desprecios..."

Ha querido que fijemos nuestra mirada en su Corazón.

Que sea nuestro atractivo, nuestro modelo, nuestro encanto, nuestra felicidad, nuestra vida...

Fuente y vida de nuestra vida...

Para que amemos como El ama; amemos lo que El quiere...

Amemos a Dios como El lo ama, dentro de nuestra pequeñez.

Amemos a los demás con todo el corazón, como El los ama.

Y gocemos con su bienestar y suframos con sus desgracias; y procuremos su alivio y su consuelo y no sintamos envidia "ni codiciemos la

casa del prójimo, ni su mujer, ni su siervo, ni su sierva, ni su asno, ni cosa alguna de las que son de él" (Ex. XX-17); y no habrá envidias, ni odios, ni se matarán los hombres, ni habrá guerras...

¡Jesús, manso y humilde de Corazón, haced nuestro corazón semejante al nuestro!

Felipe CLEMENTE

EL TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ

Eras un patíbulo el más infamante; en tí perecían sólo criminales.

Tu contacto mancha; espanta mirarte; no hay pena en el mundo que a la cruz iguale.

En ella es clavado para deshonrarle el dulce Jesús nuestro tierno Padre.

La cruz ha bañado su divina Sangre; se ha purificado el madero infame.

Brilla ya la Cruz con divino esmalte; y su hermosa luz por todo se esparce.

Su contacto sana; la vida renace; todo lo ennoblece; todo lo hace grande. Es sello divino

que imprime el carácter de cosa sagrada o quiera se alce.

Plantado en el monte eleva el paisaje y todo lo envuelve en perfume suave.

Sobre las ermitas de las soledades, sobre las iglesias hermosas y grandes, sobre los palacios de ilustres magnates; de humildes obreros

en pobres hogares, velas nuestra vida en todos instantes; y al llegar el hombre al supremo trance te estrecha en sus brazos y tranquilo parte y marcha a los cielos en hubes de ángeles.

¡Oh, Redentor nuestro, que en Cruz nos salvaste; que tu Cruz bendita nos guíe y nos guarde!

Mariano



TRIBUNAL BARATO

—¡ Señor...!

—¿Qué quieres

—¿No ma llamau usté?

—No.

—Mhabíá paicido sintilo, y por siacaso, no diga que no ecude uno ascape, u que estoy sordo. Y amás que te puén llamar palgo güeno...

—Eso desde luego; ya sabes que para nada malo será.

—Sabusté, que como el año pasau no rematemos lo de veraniar, y yastamos en el verano pues no paro de pensar, y hi dicho no siá, que me llame paio...

—No; no te he llamado. Pero de todos modos no es aún tiempo de veranear. Puedes estar tranquilo.

—Como tranquilo, si señor, como

lotro. ¿Qué remedio te queda? Pero yhace güen recau de calor, que si tol calor quhace ahura lo pudíamos guardar pal invierno. Como hacen con el agua que la guardan en los pantanos pal verano. Con tanto saber que tienen ahura no sé cómo no se les ha ocurrido guardar güen recau de calor bien encerradico y dempués sacalo pal invierno, que nos vendría mu bien; y sobre todo pa los probes que no tienen leña ni fuego; echabas una chorrada deso y tan ricamente. Hasta pal campo valdría, pa los planteros y pal trigo y pa todo.

—Hazlo tñ, pues. Sería una gran cosa.

—Yo no sé desas cosas, pero ya hay quien lo haría si quisieran. Diga

usté que no quieren; porque ahora hacen to lo que quieren.

—Ciertamente se hacen ahora maravillas estupendas, que antes hubieran parecido sueños de locura; pero no es cierto que hagan todo lo que quieren, ni mucho menos. Desde luego tienes ahí un asunto genial que sería de gran utilidad para la humanidad y te daría a ti mucho dinero; y entre tanto tendríamos que pasar frío en invierno y calor en verano. Todo se reduce a un poco de paciencia y se soporta bien y con provecho espiritual.

—Dígamelo usté a mí, cuando iba a segar y a trillar. Pero comías bien y tarreabas güen trago e vino y tan ricamente; güenos piazos de longaniza y de magra y a trebajar. Se trebaja muchísimo, pero se come bien.

—¿Quieres ir a segar y a comer longaniza? Irías a veranear.

—No señor. No quíá Dios. Es crismate de trebajar no más pa comer y aunque te den... No señor, no. Que trebajen los jovenes; ya hi trebajau a manta cuando era joven. Ahura a preparar la maleta pa cuando sea; no siá que me se presente una güena ocasión y sea tan tonto que me la deje perder como el otro año me pasó por tonto, por enfeliz y ser mu mirau; pero ahura ya no me golverá a pasar. Toa mi vida me penará...

—Pero si no quisiste ir porque te querían para agostero.

—¡ Claro está! Eso no era veraniar.

—Eres un confuso y barullero. Es cuestión de tenerlo todo cerrado y está el piso fresco; luego ya haremos alguna gaseosa para refresco.

—¿Gasiosa pa refresco? Sí; eso la llaman aquí. El refresco es el que sha-

¡Atención, suscriptores! La Administración de "El Eco de la Cruz,

Querra a la blasfemia: Santificad el día del Señor

cía pa la Virgen y pa San Roque; mantecaus y vengán copas di aguardiente.

—Esas fiestas son para agosto. Ahora es el Corpus. Es bien triste que desnaturalicéis de ese modo las fiestas, tan grandes y tan hermosas. Sobre todo ésta del Corpus en que paseamos a Jesús por las calles como Rey y Señor con toda la pompa y majestad que podemos. Las campanas arrebatadas voltean, solemnes mientras la procesión, en filas interminables, recorre las calles entre cánticos magníficos y fervorosos de corazones enardecidos de entusiasmo que quieren superarse en el homenaje de sumisión y amor; los coros, las músicas, el rendimiento de las armas...; y Jesús, en la rica custodia, lo mejor que tenemos, dominándolo todo y santificándolo todo, desde su trono de oro y plata con la corte magnífica de los sacerdotes con los hermosos ornamentos, en tanto sueñan incesantes las campanillas que hacen temblar de emoción y doblarse de rodillas al acercarse el Señor entre nubes de incienso que embalsaman el aire como una ráfaga divina... Espectáculo deslumbrador. Jesucristo es Rey y quiere ese día presentarse con toda la grandeza y esplendor. Flores, colgaduras, riqueza, luces, banderas, muchedumbres adoradoras, autoridades... escoltando al Rey de reyes y Señor del Universo. Pero sobre todo, homenaje de corazones. Que vea el Señor almas puras, almas que le aman sin reservas y gozan de estar en su presencia y todo lo ponen a su servicio y a sus pies. Almas que le reconocen con toda su majestad y poder en la Hostia Santa...

—Pues miusté, a mi me paice mu bien todó pa Nuestro Señor, pero es una prosección que no me gusta, porque te cansas de ver na más banderas y estandartes y venga pasar mujeres que no sacaban nunca. Es mu cansau. No sé ande sale tanta mujer. Habían de sacar también los santos, como pa semana santa u pa San Roque.

—Ahora es sólo el Señor y no se puede llevar ninguna otra imagen. Es el día de la Eucarostía y hay que celebrarlo de modo que lo llene todo. Lo primero comulgar; que vea el Señor que hacemos caso del Pan que nos ha dejado, y luego las misas solemnísimas y funciones religiosas; y terminando la jornada con la procesión y la bendición amorosa de Jesús. ¡Dios mío! ¡qué día tan grande! ¡Que lo sepa todo el mundo! ¡Que Te conozcan, que se enteren, que Te adoren! ¡Déjanos verte, recibirte, acompañarte y vivir este día intenso de presencia eucarística y de realeza divina!...

Tilín, tilín...

—Anda Macario, que llaman.

—¿Se pué pasar...?

—¡Adelante, adelante...!

—Con su permiso, y que tenga usté güenos días, señor Mago.

—Semos de Val de Broza, questá juntico a Valdepincho; qui aun semos una miaja parientes con Macario. ¡Toma! La *tiá Malmira* que-ra güela de Macario era tía de la cuñada de mi tío, u sea mi suegro; no cale decir más. Himos tuvido siempre mucha religión; todos siempre de drechas.

—Sí; ya tengo noticias de ese pueblo. Buena gente, muy pacífica y amiga de ir a la iglesia. En todos esos pueblecicos...

—Todos lo mesmo. Valdepincho, Valdebrozas, Valdespino, Valdelarrobosa...

—Sobre todo después del Movimiento han cambiado mucho. Me contaban que se llenaba totalmente la iglesia, que no se quedaba nadie sin ir a misa, que todos los chicos iban al catecismo, que no se quedaba nadie sin cumplir con parroquia...

—Si señor; al principio e la guerra, sí señor; tol mundo a misa, hasta la *tiá Pelada* y el *tió Preto* que no habían p'sau la iglesia en su vida no faltaban dengún día. ¡Cian que tiban a afusilar si no ibas a misa, pues todos a misa; pero ahura ya no va cuasi denguno, como denantes.

—¿De modo que ahora ya va poca gente?

—Los mesmos de siempre; los de denantes. Ahura ya pa qué. Como ves que no t'hacen nada...

—¿Quién te había de hacer?

—Claro, ya me lo paicia a mí; y eso les digo yo: ¿lo ves cómo no nos pasa nada?

—¡Y os llamáis de drechas?

—S'empre lo himos sido.

—Sois unos desgraciados. Ibais a misa porque temíais estúpidamente que os iban a fusilar. Veis que no os hacen nada y ya no vais. Sois unos miserables y unos hipócritas. Lo que os han enseñado siempre es que el ir a misa es para adorar a Dios, y cumplir así nuestro primer deber para con El, reconociéndole como Dueño y Señor de todo, incluso de nuestra vida, de nuestros campos y casas y animales. Ir a misa y cumplir así con el deber de santificar el día de fiesta. Y estar en la iglesia con el mayor recogimiento y devoción, dándole gracias a Dios por todos sus beneficios, aunque no te lo mande nadie y aunque nadie te pida cuentas o te haya de castigar en este mundo. Has de pensar sólo en Dios. El sí que te pedirá cuenta en la otra vida y te condenarás si no vas a misa. Sois muy desgraciados. ¡Pa pa-

sado una guerra terrible y no os ha enseñado nada. ¿No habéis visto el desenfreno espantoso que todo lo ha llenado de crímenes, robos, incendios... como una lecura de demonios? Ese es el fruto de la falta de religión. Es preciso tener la conciencia bien formada y estar firme en las buenas ideas. Pero aunque no se hubiera de producir ningún trastorno, debemos a Dios la vida y le debemos nuestro servicio y nuestro amor más perfecto. Sobre todo los que os preciáis de ser de drechas habéis de ser los mejores, los más religiosos, los más caritativos y compasivos con el prójimo, los más exactos cumplidores con la ley de Dios y con la del Gobierno y las disposiciones de las autoridades. Que no déis ocasión a que hablen mal de la religión por culpa vuestra. Que no puedan decir, "mira, esos que son cristianos, y no cumplen con sus compromisos, o se portan mal con los hijos o con los jornaleros o con los amos..." Habéis de ser los mejores amos, los mejores jornaleros, los mejores padres, los mejores ciudadanos... Y si vais a misa y rezáis diariamente y comulgáis a menudo Dios os dará virtud para ser buenos y no lo haréis a fuerza y con vergüenza o disgusto, sino con alegría y con afán, seguros del premio que Dios reserva en el cielo para sus hijos. Pero además no es verdad que ahora esté todo lo mismo que antes. Gracias a Dios hay mucho cambio, es mucha más la concurrencia a misa y a comulgar y a todos los actos religiosos y eso nos hace dar gracias a Dios y confiar en que cada día iremos a mejor. Y si aún hav alguna cosa que no está del todo bien; se irá corrigiendo con el esfuerzo de las autoridades y con la buena voluntad de todos, que no nos faltará la ayuda de Dios.

EL MAGO

Ecos del Sagrario

¡Señor...!

Te veo con una alegría inmensa al contemplarte con toda la pompa solemnísimas del Corpus.

¡Bien lo mereces!

Eres el Dueño del Universo.

Señor, Rey de todo

de todas las gentes de buenos y de malos lo quieran o no.

Sí: Rey. Amo, Señor, Dios.

Por eso gozo al verte tratado con tanta veneración y adorado con tanta solemnidad.

¡Mereces mucho más!

Todo es tuyo, Señor.

¡Mi alma, mi vida también...!

J. ADELAC

Talleres Editoriales de EL NOTICIERO

se ha trasladado a la calle Mayor, núm. 6, segundo derecha

Olor de Cristo

“Dichosos los pacíficos...”

Ya en otras ocasiones hemos tocado esta virtud sublime, pero tiene múltiples aspectos y todos de un encanto singular que nos atrae y nos hace gozar en su contemplación.

“D. Juan no es luchador”—decía una persona que le trataba en la mayor intimidad.

Era cierto; no era luchador; es más, nunca sistemáticamente de la lucha.

Para muchos la vida es una lucha. Ven la lucha en todo.

No sólo la observan en la lucha por la vida en que los animales se devoran unos a otros, sino que la creen extendida al hombre en todas sus manifestaciones de carácter social y político y la conciben como una necesidad o fatalidad que legitima todas las tendencias y aspiraciones. No conciben la vida sin la lucha.

Sin llegar a tanto son muchos los que, aun siendo católicos, ven inevitable la lucha de clases, la competencia comercial, la concurrencia enconada para alcanzar un cargo...

Hay personas que no saben vivir sin discutirlo todo sosteniendo terca-mente su parecer aun en contra de personas superiores. La esposa, el marido, los hijos, los hermanos, los familiares... amargan la vida del hogar con discusiones interminables, res-tando autoridad y debilitando la sim-patía y serenidad del afecto familiar.

En la tertulia la disputa sistemática suscita rivalidades y encona las des-avenencias y hiere el amor propio, que todo lo envenena.

Es frecuente hallar quienes tienen una predisposición de discrepancia en sus juicios, en sus inclinaciones y en todo con respecto al que los habla. Y si son inferiores, no pueden soportar ningún mandato, ni disposición, ni ley, ni impuesto... sin juzgarlo improce-dente o absurdo... Jamás acatan y aplauden.

Son los eternos criticones que mur-muran del vecino, de la vecina, que de todo se quejan. Son los criados hartos de razón, que soportan a sus amos; los amos, que no tienen más remedio que valerse de los criados...

A veces sienten impulsos irrefrena-bles de dar o de imponer su opinión. Están convencidos de la seguridad de sus ideas y de la superioridad de su inteligencia, de su cultura o posición. Ven el choque de pareceres distintos como una batalla y se enardecen y

gozan con el triunfo y se miran con cierta satisfacción de caudillaje.

D. Juan no concebía así la vida. Huía sistemáticamente de la discu-sión. Aun en las corporaciones no se le vió nunca sostener una idea, un plan, hacer una campaña para salvar un proyecto. Ni siquiera para defen-derse le gustaba intervenir. En la familia, en la tertulia, aborrecía la discusión. Hablaba, alternaba de la conversación, daba su opinión si era oportuno, con sencillez natural, pero no se obstinaba en sostener su cri-terio ni aun con los inferiores.

Todos recordamos escenas en que nosotros hubiéramos procedido de otro modo; hubiéramos dicho esto o lo otro, y hubiésemos tapado la boca a alguno que dijo una impertinencia.

D. Juan pronunciaba suavemente una exclamación de sorpresa y de disconformidad, a veces aducía un dato concluyente y nada más. Siem-pre sin herir y con sencillez. Su con-versación y compañía eran delicias para el espíritu.

Y no era el carácter bonachón que pasa por todo porque nada le interese o porque no quiere malquistarse con nadie, pues entonces no podrían tratarse con ninguno; no era el pa-cífico mundano que no quiere dis-gustos, y pasa por todo, no.

Jesús decía: “La paz os doy. No como la da el mundo os la doy Yo”.

La paz de D. Juan era celestial.

Como decía Santa Teresa sentía también D. Juan que hay muy po-cas cosas importantes en el mundo, y sobre todo en las discusiones, y dejaba la cuestión sin estridencia, sin esfuerzo y sin humillar nunca.

¿Qué deicado era siempre! Tenía una suavidad no estudiada, o me-jor, no artificiosa que nunca ofen-día y que siempre nos vencía y apenaba.

A veces, habíamos sostenido con-tra su opinión nuestra idea y al parecer con razón. El no insistía. Después nos sentíamos inquietos; sólo estábamos tranquilos y seguros siguiendo su dirección. Veíamos aquella serenidad y rectitud y man-zedumbre y nos avergonzábamos de haber abusado de su virtud.

Miraba a Dios y sólo El le im-portaba. Dios ya lo veía. ¿Qué im-porta el juicio de los hombres? A veces, parecía hasta complacerse en los juicios desfavorables de los de-más. No se sentía herido; sonreía

“ANTE EL PILAR”.—Precioso de-vocionario de la Santísima Virgen del Pilar escrito por don José Marzo Abe-cia, presbítero, 275 páginas, encuader-nado en tela negra, plancha dorada, cortes rojos, puntas redondas, excelen-te papel, 8 pesetas. De venta en esta Administración.

HAN AÑONADO LA SUSCRIP-CION CON SOBREPRECIO

HH. de Santa Ana, Estella; Sor María Inviolata, Málaga; doña Lui-sa Armendáriz, León; Superiora Asi-lo de Nuestra Señora de las Nieves, Vitoria; doña María Saura, Barce-lona; don Ignacio Rodríguez, Tudela; doña María Cerdán, Almonacid de la Sierra; Superiora Hogar Provin-cial, Ciudad Real; don Manuel Ipiéns, Biescas; Superiora del Hospicio, Ja-ca; Un amigo de El Eco, La Mue-la; doña Marcelina Lozano; Villa-nueva del Huerva; don Vicente So-rribes, Todoella; Sor Felipa Mo-reno, Hospital Militar, Valencia; do-ña Antonia Oto, Alcuñer; doña Asunción Gayán, don Elías Gracia, don Cipriano Anadón, don Macario Navarro, doña Concepción Campos y doña Vicenta Blánquez, de Jústibol; don Gregorio Espallargas, Alcañiz; doña Gabina Eliarte, Pamplona; don Roberto Serres, Alagón; doña María Fon, 8 pesetas; doña Virginia Ra-mos, 1; doña Luisa Olivares, 150; doña Consuelo Blasco, 3; doña Con-suelo Olivares, 150, y las señoritas Pilar García, Emilia Lacuesta, Mari-bel Ramos, Celia Ramos, Angelina Rivera; Teresín Cerdá, Ascensión Ariño, Aurora Gómez, María Ponsa Gabaldón, cada una una peseta, todas del Colegio de Santa Ana, de Utiel, y Mercedes Vicente, 50 pesetas.

Muy agradecidos.

Dios se les pague.

Dé Vd. EL ECO DE LA CRUZ a sus amigos para que lo lean.

levemente y aun a gusto como mi-rando desde una altura a donde no alcanza la injuria.

Era, además la seguridad con que se abandonaba en Dios. Dios es lo grande, la Omnipotencia, el Padre que es todo amor. Nosotros no ha-cemos nada; nuestra acción no sir-ve de nada. La gracia es quien to-do lo hace. Hay que dejar libre a Dios y hay que esperar. Y así lo hacía él siempre, con tranquilidad, con seguridad absoluta. Y Dios siempre venía. D. Juan era un hom-bre de Dios.

JUAN DE LA CRUZ

ROGUEMOS POR NUESTRO PONTIFICE PIO XII
El Señor lo conserve y lo llene de vida, lo haga dichoso en la tierra y no lo deje al deseo de sus enemigos.

Para las Parroquias, Circulos, Patronatos, Colegios, Fábricas, es “El Eco de la Cruz” un periódico de propaganda social y religiosa sana popular